EL ALCAIDE DE ANTEQUERA.

Drama histórico, original, en tres actos y en verso, por don Francisco Botella y Andrés, *para representarse en Madrid, el año de* 1857.

Al Excmo. Señor Don Ramon Maria de Narvaez, Duque de Valencia, **Capitan General de Ejército, Grande de España, etc., etc., etc., etc.**

Hay épocas en la historia de España, destinadas á producir héroes, cuyos hechos pasan en letras de oro á las futuras edades. Es una de las mas notables, en este concepto, la de las guerras de Granada; y es uno de los de mas digno y merecido renombre, Rodrigo de Narvaez, *á quien el rey D. Juan II hizo merced de la alcaidia de Antequera, en justa remuneracion de haber sido el primero que enarboló su estandarte en la morisca villa.*

La historia difícilmente puede estudiarse por todos, y difícilmente tambien, son conocidos, por la generalidad, los hechos de armas y hasta los nombres de los que los ejecutaron.

En el teatro se representan, sino fielmente, porque hay que mezclar la fábula y la poesía para hacer mas agradable la historia, al menos con la posible exactitud, el carácter y las prendas que adornaron á aquellos distinguidos guerreros, cuyos nombres deben conservarse en la memoria de todos.

Hé aquí mi objeto al escribir la presente obra.

Y al dedicársela á V. E. lo hago convencido de que nadie podrá apreciar, como es debido, al protagonista *del drama, como el que lleva con tanta gloria su ilustre nombre, cuya importancia no solo ha sabido conservar, sino engrandecer con sus esclarecidos hechos, en estos tiempos en que tan rara y difícil es la existencia de un personage verdaderamente notable y digno de que su memoria se conserve á la par de la de los antiguos héroes.*

Madrid etc.

Francisco Botella y Andrés.

678508

PERSONAGES.

Don Rodrigo de Narvaez.
Garci-Fernandez.
Abindarraez.
Juancho.
Fernan-Perez.
Doña Maria.
Jarifa.
Doña Aldonza.
Caballeros, hombres de armas, etc.
Siglo 15.—Reynado de Don Juan II.

ACTO PRIMERO.

Gran salon en un castillo.—Escudos de armas y trofeos militares, etc.; puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

Don Rodrigo, Garci-Fernandez, Juancho, Fernan-Perez, *caballeros, hombres de armas, etc.*

Gar. En justo premio el que á la patria sirve
el rey concede honores y riquezas,
el mundo aplaude el brillo de su gloria,
que admirará la gente venidera,
y al descansar en el hogar tranquilo,
entre el claro esplendor que le rodea,
las bendiciones de la edad presente
le prestan la mas grata recompensa.
Honor y dicha al que llevando escrito
de la cristiana fé el sagrado lema,
audaz se lanza, desplegando al viento
contra la gente mora su bandera!
Dichosos los que un dia le seguimos
testigos para ser de sus proezas;
hoy el valiente ejército cristiano
saluda al noble alcaide de Antequera.
Rod. Justo es tambien, que el que á la patria sirve,
esponga por la patria su cabeza;
y el que en su pecho guarda fé cristiana
busque el triunfo ó la muerte en la pelea
contra el audaz morisco. Compañeros,
los que en mi suerte próspera ó adversa,
me seguisteis do quier, y las fatigas
compartisteis conmigo, noble empresa
es la que guia al corazon cristiano,
al sostener la fé de sus creencias.
Ya con la ayuda que de Dios nos vino,
de las moriscas huestes la ralea
arrojamos de aqui, y en esta villa,
y del castillo en la elevada almena,
único y solo, y arrogante y puro,
el sagrado pendon al aire ondea.
El rey don Juan, á quien venero y amo,
con larga usura mis servicios premia,
y de Antequera al señalarme alcaide,
el sosten y la guarda me encomienda.
Vuestros consejos, vuestras nobles armas
me ayudarán en la arriesgada empresa;
y pues el Rey conmigo es generoso,
digno yo al menos de mi patria sea.
Qué dicen en el campo los valientes?
Han dado paz al cuerpo y justas tréguas
á su valor?..
Gar. El ardoroso brio
que en la batalla al castellano alienta,
no desmaya jamás; nuestros guerreros
al gozar del descanso que les presta
la victoria, otra vez arde en sus pechos
el deseo de entrar en la pelea.
Y á fé que es necesario en este instante
que estinguirse la llama no se vea
de su cristiano ardor.
Rod. Pues qué sucede?
Gar. Diz que en la trégua el agareno apresta
sus aguerridas huestes, y que un dia,
no lejano quizá, tal vez le vea
el tranquilo cristiano entrar talando
las campiñas de Alora y de Antequera.
Rod. Mientras queden valientes en la villa
en vano el moro emprenderá la guerra,
¿qué podrá con sus locas esperanzas...
donde busque victoria, hallar verguenza!..
Y guarde que los nobles castellanos
mas conquista en sus tierras no pretendan,
porque capaces son nuestras legiones
de clavar en Granada sus banderas.
Gar. Noble valor alienta en nuestros pechos;
guiadnos si quereis, por esas tierras
de la fértil Granada; nuestros brazos
acabarán las huestes agarenas.
Rod. Celebro tal valor, pero es preciso
unir á la arrogancia la prudencia;
dad paz al brazo y al acero calma;
tras la fatiga descansar se anhela;
vuestras esposas, vuestros tiernos hijos
en el hogar tranquilos os esperan.
Volved con ellos, y si audaz el moro
intenta penetrar por estas tierras
otra vez, empuñando los aceros,
volaremos al campo en su defensa.
Id pues á descansar, el cielo os premie,
y eterna y justa vuestra gloria sea.
(*salen todos, menos don Rodrigo y Juancho.*)

ESCENA II.

Don Rodrigo, *y* Juancho.

Juan. Bien el Rey don Juan hará
en premiar á mi señor,
que bien vale su valor
el premio que se le dá.
Rod. Cumplir con la santa ley
desde el nacer ofrecí;
y si el rey me premia á mi...
es una gracia del Rey.
Juan. Dispensadme, don Rodrigo,
aunque de molestia os sea,
que os comunique una idea,
que ha tiempo llevo conmigo.
Rod. Di cuanto quieras.
Juan. Advierto,
que en vuestro jovial semblante,
se pintan á cada instante
pesares en que no acierto;
y es triste cosa, señor,
gozando ventura y calma,
que venga á turbar el alma
algun funesto dolor.
Perdonadme mi osadia,
que á tal pregunta se atreve,
pero á hacérosla me mueve
vuestra perdida alegria.
Rod. Juzgar solo en la apariencia
al hombre, Juancho, es en vano,
porque tal vez un arcano
encierra cada existencia.

Cree el mundo con error,
al ver la cota de acero,
que solo cubre á un guerrero,
con audacia y con valor;
y juzga bien torpemente
al formarse tal idea;
que no es solo en la pelea
donde el corazon se siente.
Rubor cuesta confesar,
al que en tal caso se halla,
que no es solo en la batalla
donde puede palpitar.

JUAN. Creo que el fin de la historia
acierto ya á preveer.
Quieres hallar otro ser...
con quien partir vuestra gloria;
no es cierto, señor?..

ROD. Pluguiera,
que ya no le hubiese hallado!..

JUAN. Bravo! Sois afortunado.

ROD. No serlo tanto quisiera.

JUAN. No comprendo...

ROD. Juancho amigo,
fuiste siempre mi mejor,
fiel confidente...

JUAN. Señor...

ROD. Y puedo partir contigo
mi secreto; tus consejos
tambien me dispongo á oir.

JUAN. De algo habian de servir
en este mundo los viejos.

ROD. Abrirte mi corazon
en este momento quiero.
Bajo esta cota de acero...
ha nacido una pasion!

JUAN. En vano el seso barajo,
para acertar la manera
cómo ha sido...

ROD. Inútil fuera,
perderias el trabajo.

JUAN. En verdad digo, señor,
no sé cómo puede ser,
que sin ver una muger,
brote en el pecho un amor.
Há un año, que los deberes
nos han tenido en campaña...
y... ó la memoria me engaña,
ó no hemos visto mugeres.
Mas contadme esa aventura,
que os dejó tan hondas huellas.
¡Qué siempre han de venir ellas
á turbar nuestra ventura!..

ROD. Si lo haré, Juancho, que el alma,
cuando en amigos leales
vá á depositar sus males,
recobra un tanto la calma.
Fué de Cartama en la accion.
De la sangrienta batalla
traje la cota de malla,
mas no traje el corazon!

JUAN. Me poneis en un tormento
cuando tan despacio hablais.

ROD. Eres curioso.

JUAN. Acabais,
señor?..

ROD. Escúchame atento.
Era una fresca mañana,
de esas que la dulce aurora
el monte y valle colora;
con tintas de oro y de grana.
Alcéme al venir el dia,
y de mi tienda saliendo,
iba el campo recorriendo
de la bella patria mia.
Cantaban los ruiseñores
de la enramada á la sombra,
y me daban blanda alfombra
entre la yerba las flores;
y yo, contemplando el cielo
que embargaba el alma mia,
sin pensar me dirigia
hácia un tranquilo arroyuelo.
Hasta el muro de Cartama
llegué... y al volver en mí...
á mi lado distinguí,
junto al arroyo una dama.
Bella, como el alba pura
que alumbraba sus primores,
envidia daba á las flores
su virginal hermosura.
Alzó los radiantes ojos,
y al ver mi porte guerrero,
en su semblante hechicero
mostró sorpresa y enojos.
Yo la contemplé anhelante,
y ella, casta y desdeñosa,
con una mano preciosa
cubrióse el gentil semblante.
Semblante tan seductor,
que echó mi valor por tierra...
era que al Dios de la guerra
vencia el Dios del amor!..
Quise en mi loca ilusion
detenerla; inútil ruego.
Ay! se llevó mi sosiego
y me dejó una pasion.

JUAN. Pero quién es esa dama
que os dá pena tan prolija?..

ROD. Por mi desgracia... es la hija
del Alcaide de Cartama...

JUAN. Santo cielo! Irse á prendar
un cristiano de una mora!

ROD. Puede el corazon que adora
contra el destino luchar?..

JUAN. Mas despues de su partida...

ROD. Yo con mi herida quedé;
solo adorarla podré...
como una ilusion perdida!

JUAN. En vano otra cosa fuera;
porque suponer no quiero,
que ultrajar un caballero
su religion pretendiera.
Ni es en vuestra fé creible...

ROD. Ni lo consiente mi honor.

JUAN. Entonces, pensad, señor,
que adorais un imposible.

ROD. Tal vez el tiempo consiga
borrar del pecho esa pena.
La ley hacerlo me ordena...
y la religion me obliga.

JUAN. Cosas suceden ahora
que es gran trabajo creellas.
Cuando hay cristianas tan bellas,
irse á prendar de una mora!..
No os faltaria, á mi ver,
hermosa, altiva y galana,
una noble castellana
en quien vuestro amor poner.

Pero escrito está, aunque asombre,
que en la amorosa contienda,
lo mas dificil pretenda
siempre el corazon del hombre.
ROD. Y si es la ley del destino...
seguir es fuerza adelante.
JUAN. Se detiene el caminante
si vé escabroso el camino;
y asi, aunque os produzca enojos,
debeis hacer vos, señor,
que el camino del amor
está cubierto de abrojos.
La guerra os presta ocasiones
de distraer vuestro afan,
y el tiempo y ella podrán
lo que no puedan razones.
Olvidemos la memoria
de las moras, peleemos
con los moros, alcancemos
el laurel de la victoria;
que al hombre de pocos años
nunca falta, aunque se empeñe,
una muger que le enseñe
lo que son los desengaños.
ROD. Olvidarla ya procuro.
JUAN. Hay un sencillo remedio,
poniendo tierra por medio
la olvidareis, de seguro.
ROD. En fin, recuerdos dejando,
dediquemos nuestro afan
á otros trabajos, que están
nuestra atencion reclamando.
Como obligacion primera
comencemos, por que es ley,
por dar noticias al rey
del gobierno de Antequera. (*vase por el foro.*)

ESCENA III.

JUANCHO.

El que en sangrienta batalla,
matando moros traidores,
por mala desdicha halla
la imágen de unos amores,
aunque alcance la victoria,
puede quedar persuadido,
que lo que ha ganado en gloria
en sosiego lo ha perdido.
Pues la inconstante muger
trae, por malas costumbres,
siendo reina del placer,
su corte de pesadumbres.
Bien haya el que llega á viejo
y vivir libre procura,
sin esponer su pellejo
al rigor de una hermosura.
Tú, que el camino, Señor,
al hombre en el mundo enseñas,
apártame, por favor...
sobre todo, de las dueñas.

ESCENA IV.

JUANCHO, DOÑA ALDONZA.

ALD. Qué murmura el deslenguado?..
JUAN. Qué le importa á la señora?
ALD. Está don Juancho imprudente.
JUAN. Y pesada doña Aldonza.
ALD. Desde que el buen don Rodrigo
su confianza os otorga,
no se puede hablar con vos.
JUAN. No soy nunca el que provoca,
mas si las dueñas se mezclan
en lo que no les importa...
qué mucho que los guerreros
monten su paciencia en cólera?..
Siempre han sido las mugeres
deslenguadas y curiosas.
ALD. No riñamos, porque al cabo...
JUAN. Salís perdiendo... En buen hora.
ALD. Sabeis que corren rumores
de que otra vez nos acosan
con arrogancia los moros,
desde los campos de Alora?
JUAN. Mala fortuna les guia.
ALD. Pero buena maña cobran,
para invadir nuestros campos,
de la noche entre las sombras.
JUAN. Les daremos caza luego.
Todo consiste en que corra
otra vez sangre cristiana...
y en Antequera hay de sobra.
ALD. Eso es lo que mas me temo;
don Rodrigo, que atesora
en su pecho tal valor,
que nunca en la guerra obra
con prudencia y reflexion,
puede que entre sangre mora
vea la suya correr...
JUAN. Y qué haremos?.. Si le toca,
fuerza ha de ser que cual todos
el pecho á la muerte esponga.
ALD. Ay! don Juancho de mi vida,
no nos faltaba otra cosa!
Buena para tal disgusto
está mi pobre señora!
JUAN. Vuestra Señora! Pues qué?..
Vamos, su esposo...
ALD. No, es otra
la causa de sus pesares.
JUAN. No comprendo, doña Aldonza.
ALD. Si me dais formal palabra
de no decir, esta boca
es mia, os diré un secreto,
que vá picando es historia.
JUAN. Contádmelo pues.
ALD. Palabra
formal?
JAAN. Mi honor os la otorga.
ALD. Pues hay... que doña Maria
se vuelve de amores loca...
por don Rodrigo.
JUAN. Qué escucho!
Es eso cierto? La esposa
de Garci-Fernandez! Cielos!
Pues y la voz de su honra?..
ALD. El grito de la pasion
la voz del deber ahoga;
que al deber, contra el amor,
no le es facil la derrota.
JUAN. Jesus! y que una muger
tales doctrinas esponga!..
Sabeis, que allá en vuestros tiempos,
seriais... una gran cosa!
ALD. Claro, porque hemos de andar
con mogigangas ahora?
La pobre doña Maria
accedió á su rara boda,

por complacer á su padre,
que en aquel trance metióla;
y en fin, ella es joven, linda,
su marido viejo y posma,
que mucho que don Rodrigo,
con sus prendas y su gloria
logre barajarle el seso!

JUAN. Pero él sabe...

ALD. No, lo ignora,
Y eso es lo peor del caso;
la infeliz apenas logra
contener sus emociones,
cuando ante ella se coloca.
Mas guardad, Juancho, por Cristo,
este secreto; si á solas
ella con loco delirio
al buen don Rodrigo adora,
sabe tambien sostener
el nombre de que blasona,
y jamás, estoy segura,
ha de faltar á su honra.

JUAN. Perded cuidado, que en mi
el secreto, doña Aldonza,
estará mejor guardado,
que en vos lo estuvo hasta ahora.
Y voime al punto de aqui,
porque el tiempo no me sobra,
y al que lo malgasta en balde
el cielo no le perdona.

ALD. Id con Dios, amigo Juancho.

JUAN. Con él quedad, doña Aldonza.
(Ay! al fin son las cristianas
tan buenas como las moras!) (*vase.*)

ESCENA V.

DOÑA ALDONZA.

Siempre han de ser los guerreros
poco atentos con las damas!
Escepto el buen don Rodrigo;
ese si que tiene fama
de galan y de discreto...
y cuenta tantas hazañas
contra cristianas y moros
en amores y batallas...
pues si á los moros la vida
quita en la guerra su espada,
en los amores, sus ojos
les dan muerte á las cristianas.

ESCENA VI.

DOÑA ALDONZA, DOÑA MARIA, *por la izquierda.*

MAR. Aldonza.

ALD. Doña Maria?

MAR. Has visto á mi esposo?

ALD. Acaba
de salir hace un momento
de la Villa, mas no es larga
su partida, segun creo.

MAR. Quisiera que sin tardanza,
y aun hoy mismo, del castillo
dispusiera nuestra marcha.

ALD. Quereis marcharos, Señora!

MAR. Si, esta mansion no me es grata;
es triste, y luego está siempre
por soldados ocupada.

ALD. Como estan hoy los caminos,
por las turbas musulmanas
invadidos, me figuro
que no es facil...

MAR. Harto larga
ha sido yá, doña Aldonza,
en este pueblo mi estancia.

ALD. A don Rodrigo complace.

MAR. (Alejarme Dios me manda
de su lado; mi virtud
pone á prueba esta morada!)
Id, doña Aldonza, buscad
á mi esposo, y que le aguarda
doña Maria decidle...

ALD. Está bien.

MAR. En esta sala.

ALD. Vuestras órdenes al punto
van á ser ejecutadas.

ESCENA VII.

DOÑA MARIA.

En vano oculta el corazon amante
su afan constante,
tan solo puede la pasion que siente
tener presente!..
Por eso todo á mi amoroso anhelo
le causa enojos,
y en balde intento dirigir al cielo
mis tristes ojos!..
Por qué el destino colocó á mi lado
su imágen, que me sigue por do qniera?
Ignoro si mi amor habrá notado,
pero en vano ocultárselo pretendo,
porque pienso que al verle y al hablarle
los ojos y la voz me están vendiendo!
Es tan noble, es tan justo, es tan valiente!
Su frente ciñe tan brillante gloria!
Quién al verle no guarda dulcemente
de su querida imagen la memoria?
Inútilmente en el retiro busco
á mi constante afan justo reposo,
sin que á mi vista al punto se presente
la airada sombra de mi noble esposo!
Luchar sin esperanza es mi destino,
y sin consuelo!
Esta pasion fatal, en su camino
detenga el cielo!

ESCENA VIII.

DOÑA MARIA, DON RODRIGO, *que entra distraido sin reparar en ella.*

MAR. Ah!

ROD. (*viéndola.*) Perdonad, señora;
tan distraido venia...
que no reparé, á fé mia,
que estabais aqui...

MAR. Si, ahora
de mi habitacion salí...
y vine, de dicha llena,
á daros la enhorabuena
si la admitís..

ROD. Oh! si, si.
Una prueba el rey me ha dado
del cariño que me tiene.
Lo que de su mano viene
debe ser siempre estimado.

MAR. Entonces no os dará agravios
mi enhorabuena quizás...

ROD. Oh! la aprecio mucho mas,

siendo de tan bellos labios,
MAR. Unir por dicha sabeis
lo galante á lo valiente.
ROD. Solo dice lo que siente
mi corazon; y ya veis,
asi á la fuerza ha de ser.
Què puede un pobre soldado,
siempre en la guerra criado,
de galanteos saber?
MAR. En vano el bruñido acero
al rudo soldado encubre;
que á su través se descubre
el galante caballero.
ROD. Me haceis favor..
MAR. Quién ignora
lo que vale don Rodrigo?
Y quién no ha sido testigo
de sus proezas?..
ROD. Señora...
MAR. Lo que si dice la fama,
y acaso en ello no yerra,
que solo piensa en la guerra,
que solo las lides ama;
y es estraño, por mi vida,
que entre el brillo de la gloria,
no conserve en su memoria
alguna imágen querida.
ROD. Los que juzgan con pasion
pueden estar engañados.
O es que acaso los soldados
no tenemos corazon?..
MAR. Hay distintas opiniones.
ROD. Equivocadas.
MAR. O ciertas.
Pueden estar en él muertas
las amorosas pasiones.
ROD. Muertas... no, por mala suerte.
MAR. O dormidas para el mundo.
ROD. Mas de su sueño profundo
no falta quien las despierte.
MAR. (Cielos!) Dificil seria
tal empresa.
ROD. Oh! no, señora;
tal vez no duermen ahora.
MAR. (Ah!)
ROD. Si, por desgracia mia.
MAR. (Oh! Dios mio! luego él ama,
si habrá acaso adivinado...)
Conque... estais enamorado?..
ROD. Ya veis si miente la fama.
MAR. Y.. os corresponden?.
ROD. Lo ignoro.
nada he dicho.
MAR. Hacedlo pues.
ROD. No puedo.
MAR. No podeis?
ROD. Es
un imposible el que adoro.
MAR. (Un imposible! Oh! no hay duda,
mi pasion ha comprendido,
la corresponde.) Dó ha ido
vuestro valor?.
ROD. No me ayuda.
MAR. La que tuvo tal ventura,
será sin duda muy bella;
no es cierto?
ROD. Como una estrella,
que brilla en la noche oscura.
MAR. Describidme sus primores.
ROD. Lo haré de mala manera.
MAR. La elocuencia verdadera
os prestarán los amores.
ROD. Solo un instante mis ojos
se detuvieron en ella,
para ver su frente bella,
y admirar sus labios rojos.
Ligera como la brisa,
que en las hojas murmuraba,
en sus mejillas brillaba
encantadora sonrisa...
y cual la palma, que el viento
mece airosa, era su talle,
y como el aura del valle
embalsamado su aliento.
Al aire los bucles daba
de sus rizados cabellos,
y su blanca mano, entre ellos
entretenida jugaba.
Quizá un filtro poderoso
su belleza contendria,
que ha robado al alma mia
desde entonces su reposo.
Do quiera que escucho y miro,
encontrar se me figura,
en las flores su hermosura,
y en las auras su suspiro.
Ved como puede un guerrero
tener tambien corazon,
y abrigar una pasion
bajo la cota de acero.
MAR. Sois feliz?..
ROD. No, por mi vida,
señora.
MAR. No lo comprendo.
Amar á una hermosa, entiendo
que es felicidad cumplida.
(*aparece Garci-Fernandez en el foro y se detiene.*)
ROD. Oh! seria muy dichoso,
si el cielo un dia quisiera,
que declararla pudiera
lo que la adoro!
GAR. (Ah!)
MAR. (*viéndole.*) (Mi esposo!)

ESCENA IX.

Dichos, GARCI-FERNANDEZ.

ROD. Qué traeis, Garci-Fernandez?.
GAR. (Qué es esto!) Solo queria
deciros, que nuestra gente,
en una de sus salidas,
ha hecho prisionero á un gefe
de la atrevida morisma.
ROD. Y está en Antequera?..
GAR. Ahora,
en este momento, arriba
al castillo; á este aposento
se le conduce en seguida.
MAR. Permitid que me retire...
ROD. Id con Dios, doña Maria.
GAR. (Ella se turba... y él finge...)
Si quereis que algo le diga...
ROD. Que le traigan al instante.
GAR. Será al punto obedecida
vuestra voluntad; mas veo,
que hácia aqui sus pasos guia.

ESCENA X.

Dichos, ABINDARRAEZ.

ABIN. Alá te guarde, cristiano.
Tu gente aqui me ha traido;
no creas que yo he venido
á implorar tu gracia en vano.
ROD. Muy altivo se presenta
para venir prisionero!
ABIN. Nada puede un caballero,
cuando le acometen treinta.
Solo en el bosque me hallaron;
si prisionero me hicieron,
gran victoria consiguieron:
como cristianos obraron.
ROD. Y tu arrogancia no doma
el verte aqui en mi poder?..
ABIN. Nadie ha podido vencer
á los hijos de Mahoma.
ROD. Dime, atrevido agareno,
de dónde vienes, quién eres,
dó vas?
ABIN. Si saberlo quieres
quedémonos solos.
ROD. Bueno.
(*hace una seña á Garci-Fernandez, que sale.*)

ESCENA XI.

DON RODRIGO, ABINDARRAEZ.

ABIN. Ah! perdona don Rodrigo,
si ha un instante me escedí;
nunca en altivez cedí
delante de otro testigo.
ROD. Cómo tal cambio!
ABIN. Hasta Alora
desde Antequera, la fama
por generoso te aclama;
pruébalo conmigo ahora.
Hijo del rey de Granada
soy, mi nombre es conocido,
mi valor no desmentido,
y mi nobleza sobrada.
Iba á Alora, porque allí
entre sus muros, dichosa,
hay una agarena hermosa,
que es adorada por mí.
Pero en un padre tirano
nuestra constancia se estrella;
mas yo del cariño de ella
estoy seguro y ufano.
Hoy la mora me avisó
de que su padre salia,
y respirando alegria
á verla volaba yo.
Por desgracia, para mi,
tus gentes me apercibieron,
y prisionero me hicieron
y me trajeron aqui.
ROD. Será bella la sultana
que asi en vuestro amor impera.
ABIN. No hay hurí mas hechicera,
ni mas hermosa cristiana.
Ni los prados tienen flores
ni los mares conchas bellas;
ni el azul del cielo estrellas
ni la alborada colores;
ni dá aróma el aura pura
ni perlas vierte la aurora,
que comparen con mi mora
su virginal hermosura!
Por noble el mundo te fia,
sé generoso conmigo;
yo prometo, don Rodrigo,
que antes del cercano dia,
si partir me dejas hoy,
vendré á ser tu prisionero;
de cumplir cual caballero
mi fiel palabra te doy.
En tu poder me tendrás
como preso en un combate,
y por mi, fuerte rescate
á mi padre pedirás.
Permíteme á la que adoro
tan solo un instante ver,
y mañana has de saber
como cumple un noble moro.
Si alguna vez has querido
con ardorosa pasion,
y si tienes corazon,
concédeme lo que pido.
ROD. Siempre encuentra en mi el que ama
un protector indulgente.
ABIN. Asi te juzga la gente.
ROD. No he de desmentir mi fama.
Parte: contrariar no quiero
tu amor, que bendiga Dios.
Veremos quien de los dos
es mas noble caballero.
ABIN. Gracias, Rodrigo; en mi fia;
mi palabra cumpliré.
ROD. La senda te enseñaré,
que al campo libre te guia.
(*salen por la puerta secreta.*)

ESCENA XII.

GARCI-FERNANDEZ.

Han salido... En vano quiero
mis sospechas auyentar,
que una idea abrasadora
quemando mi frente está.
Lo he oido... si, don Rodrigo,
el caballero leal...
á mi esposa dirigiendo
frases de amor! Oh! quizás
me habré equivocado... No,
bien claro pude escuchar
que la adora!.. Infame trama
la que tendiéndome están!..

ESCENA XIII.

Dicho, DON RODRIGO.

ROD. (Ya se fué.) Garci-Fernandez,
acabo de ejecutar
una noble accion.
GAR. El cielo
con usura os pagará.
ROD. Al moro, que habeis prendido,
le he dado la libertad.
GAR. Señor...
ROD. Si, los que padecen
por amor, en mi hallarán
siempre proteccion; el moro
iba alegre á visitar
á su dama, cuando aqui

le prendieron; y en verdad,
que tal percance he sentido
le sucediera; además,
de volver á mi poder
me dió palabra formal,
en nombre de sus amores.
GAR. Creeis que la cumplirá?..
Buenos son los agarenos,
para poderse fiar
de sus promesas; seguro
que no vuelve aqui jamás.
ROD. El honor, Garci-Fernandez,
en todas partes está.
Si vuelve, nada perdimos,
y si no vuelve, quizás
hemos hecho una accion buena,
que el cielo nos premiará. (*se oye un clarin.*)
Qué es esto? Qué significa
esa guerrera señal?..
GAR. Lo ignoro... Se escuchan pasos...
y el rumor creciendo vá...

ESCENA XIV.

Dichos, JUANCHO, FERNAN-PEREZ, *caballeros, hombres de armas, etc.*

JUAN. Señor, señor, en la cercana vega
de las moriscas lunas los reflejos
se distinguen del sol á los fulgores,
y el son de los lelies y atambores
se percibe no lejos.
Sin duda ansiando próxima pelea
á escape se dirigen los corceles,
porque agitado por el viento ondea
el lino de los blancos alquiceles.
ROD. Las armas aprestad y los caballos.
Cobardia ha de ser á los infieles
aqui esperar; salgamos á encontrallos
con arrogancia fiera,
que aun nos quedan coronas de laureles
en los fértiles campos de Antequera.
(*sacando la espada.*)
Juremos en la cruz de las espadas
esterminar su raza... y pues el cielo
valor nos dá, y victoria nos procura,
traigamos al volver nuestros aceros
teñidos con la sangre musulmana...
y limpia y sola, y arrogante y pura
la noble enseña de la fé cristiana. (*salen todos.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

JUANCHO, FERNAN-PEREZ, *caballeros, etc.*

FER. Buena leccion á los moros
les acabamos de dar.
JUAN. Buena falta les hacia,
porque á decir la verdad,
es su carácter guerrero
difícil de sujetar;
y si tranquilos estamos
sin contener su ansiedad,
seguro es que cada dia
audaces cometerán,
entre las tropas cristianas,
uno tras otro desman.
FER. Bien vimos á don Rodrigo
en la batalla luchar.
JUAN. Recordais alguna vez,
que se haya portado mal?..
En todas partes se vé
su figura descollar,
y á todas partes atiende
con indescriptible afan.
Aqui derriba su lanza
á un moro descomunal;
allá, con su voz de mando,
aliento y valor nos dá;
y por do quiera aparece,
sobre su tordo alazan.
No hay en la guerra quien tenga
su noble temeridad.
FER. Bien puede Garci-Fernandez
á su bravo arrojo estar
agradecido.
JUAN. Sin duda;
por él, tendido no está
á estas horas á las plantas
de un valiente musulman.
Ya la feroz cimitarra
iba su cuello á segar,
cuando el noble don Rodrigo
se lanza con brevedad
sobre el moro, y con su espada
le deja sin respirar.
FER. Bien merece los honores
que el señor don Juan le dá.
JUAN. En fin, puesto que triunfamos,
bueno y muy justo será
que sobre frescos laureles
vayamos á descansar.
FER. Falta nos hace por cierto.
JUAN. Pues la calma aprovechad,
que el soldado á la tormenta
siempre dispuesto ha de estar.
(*vanse por el foro.*)

ESCENA II.

JUANCHO, DOÑA ALDONZA, *por la izquierda.*

ALD. Jesus! Siempre los guerreros,
aunque en peligro se vean,
han de estarse preparando,
para emprender la pelea.
JUAN. Esa es su obligacion;
y aquel que se olvida de ella,
ni es digno de ser soldado
ni que por noble se tenga.
ALD. Si lo que hemos padecido
desde ayer tarde supierais!..
JUAN. Pues qué...
ALD. Mi pobre señora
toda la noche está en vela,
oyendo desde el castillo
el rumor de la contienda,
y rezando por la suerte
de don Rodrigo.
JUAN. Siquiera
no han sido desatendidos
sus rezos; mas mejor fuera,
que rezára por su esposo,
para limpiar su conciencia.
ALD. Su honor está puro y limpio.
JUAN. Con intenciones se peca.
(*aparece en el fondo Garci-Fernandez, y observa.*)

ALD. Mirad, ahora una carta
dándole la enhorabuena,
llevo á don Rodrigo.
GAR. (Qué!)
JUAN. Pues, lo dicho; ella le asesta
cuantos tiros son posibles.
ALD. Pero qué de estraño encuentra
en esto el señor don Juancho?
Es de amistad una prueba
la carta no mas.
JUAN. Corriente.
Cuando una muger se deja
arrastrar del primer paso,
es difícil contenerla,
y, quizás vos lo sabreis
acaso por esperiencia,
de los pecados de amor
es imposible la enmienda.
ALD. Bah, bah, siempre, á todas horas,
estais lleno de sentencias.
JUAN. Hasta luego, Doña Aldonza,
rogad por vos y por ella,
que las dos necesitais
que Dios de su mano os tenga.
(*vase por la izquierda.*)

ESCENA III.

DOÑA ALDONZA, CARCI-FERNANDEZ, *que vá entrando poco á poco, hasta que lo indican los versos, sin ser visto.*

ALD. Habráse visto atrevido!
Quién le habrá metido á él
á criticar á las gentes
lo que las parezca hacer?..
Mas yo me tengo la culpa,
que tonta y de buena fé
vengo siempre á revelarle
lo que no debe saber.
Asi nos pagan los hombres!
Y si nosotras despues
nos volvemos reservadas,
nos lo critican tambien.
No sé cómo y dónde pueda
al buen don Rodrigo ver,
que entregarle me interesa
sin tardanza este papel,
y no he de quedar tranquila
hasta que esté en su poder.
Cómo entregarle podria?..
GAR. Venga, yo le entregaré!
ALD. Ah! (*viéndole.*)
GAR. Dadme el billete al punto,
si no quieres dar la piel.
ALD. Por piedad!
GAR. Venga al instante,
ó mi cólera temed.
ALD. Señor...
GAR. Y á doña Maria,
sin tardanza la direis,
que está su encargo cumplido.
ALD. Pero yo no puedo hacer...
GAR. Silencio ya, miserable!
Dame el billete.
ALD. Mas ved...
GAR. Doña Aldonza, si un instante
á mi voz os oponeis,
que vais el lance á contar
al otro mundo, sabed.
ALD. Dios mio!
GAR. Venga el billete.
ALD. Tomad... señor. (*dándoselo.*)
GAR. Ahora vé
y desempeña el encargo
que aqui te acabo de hacer.
ALD. (Dios nos tenga de su mano,
y su proteccion nos dé!..)

ESCENA IV.

GARCI-FERNANDE

Cuán frágil es á fé mia,
el honor de una muger,
que asi á una carta le fia
que puede el mundo leer!
Apenas llego á acertar
á romper el sobrescrito,
pues sé que voy á encontrar
la prueba de su delito.
Por qué loco, alucinado,
una vida noble, honrada,
un nombre ilustre heredado,
una vejez respetada
que nadie pudo ofender,
fuí, necio, á depositar
en manos de una muger
que no lo sabe guardar?..
Veamos: mi mente ofusca
una idea que la aterra,
y en vano la vista busca
lo que este papel encierra. (*abre la carta y lee.*)
«Nuestra plática de ayer
quiso el hado interrumpir,
mas yo os vengo á proponer
si la quereis proseguir.
Mañana al nacer la aurora,
al jardin bajar podeis,
y á la puerta una señora
esperando encontrareis.»—
(*habla.*) He aqui lo que es este mundo!
He aqui lo que es la muger!
Con su cariño profundo
á mi me brindaba ayer,
y hoy olvida su promesa,
y con torpe ceguedad
á un estraño le confiesa
su loca debilidad!
Pero el leal don Rodrigo,
que ufano ayer me tendia
su noble mano de amigo,
tambien mi amistad vendia!
Oh! Cielos! Si tiempo fuera
de cortar aun este amor...
Si mi acento consiguiera
herir en ella el honor...
Por qué no?.. Quizá un consejo
esa pasion contendrá...
y aunque no ame al pobre viejo,
sus canas respetará!..
En casos graves la calma
puede dar la reflexion,
y los impulsos del alma
sujetar á la razon.
Obremos con tino pues,
que en estas faltas de amor,
el torpe escándalo es
nuestro castigo mayor.

ESCENA V.

Dicho, Don Rodrigo.

Rod. Cual buen soldado al combate
siempre dispuesto os hallais.
Gar. Ese es mi primer deber.
Rod. Mas no cumple á vuestra edad.
Harto ya, Garci-Fernandez,
habeis sabido probar
que sois guerrero valiente;
ahora os toca, estando en paz,
descansar de las fatigas
que las batallas nos dan.
Gar. Estoy dispuesto otra vez
para volver á empezar.
Rod. Me agrada el noble ardimiento
de que dando prueba estais.
Mar. Permitidme, ahora que á solas
nos hallamos, demostrar,
como cumplido guerrero
y caballero leal,
por la existencia que os debo
mi gratitud.
Rod. Oh! dejad
ese empeño repetido
de volver á recordar
lo que no tiene mas méritos,
que el que solo vos le dais.
Si yo afortunado ayer
os he podido salvar
de la muerte en la batalla,
al hacerlo no hice mas
que lo que hubierais vos hecho
con cualquiera, en mi lugar.
Dad el recuerdo al olvido,
y al cuerpo descanso y paz;
y en prueba de lo que aprecio
vuestra sincera amistad,
de mi constante cariño
aqui teneis la señal. (*dándole la mano.*)
Gar. (Quién diria que este hombre
vendiéndome ahora está!..
Oh! tal vez nuestra deshonra
aun es tiempo de evitar.) (*vase.*)

ESCENA VI.

Don Rodrigo.

Buen anciano y caballero,
yo admiro tu noble arrojo,
como tus canas venero
y tus consejos acojo.
Dichoso tú, que en el alma
no guardas ninguna herida,
y gozas tranquila calma
en el final de tu vida.
En premio de tu valer,
la divina providencia
te dió un ángel por muger,
que embalsama tu existencia!
En fin, recuerdos dejemos
que matan el alma mia,
y con el pueblo gocemos
de su completa alegria.
Al fin la enseña cristiana
se estiende ya vencedora
de la hueste musulmana,
hasta los campos de Alora.
Vayamos á noticiar
al rey los triunfos logrados,
que orgulloso puede estar
de sus valientes soldados. (*vase izquierda.*)

ESCENA VII.

Juancho, Abindarraez, Jarifa, *por el foro.*

Juan. No está... llegad sin embargo,
que no tardará en venir.
Abin. Avisad que le aguardamos.
Juan. Os digo, que para mi
habeis hecho una gran cosa;
yo desde que os vi partir,
dije, ese moro no vuelve
á parecer por aqui.
Abin. Juzgaste mal; nuestra raza
no es, cristiano, tan ruin,
que las palabras que dá
no sepa luego cumplir.
Avisa al Alcaide al punto.
Juan. (Que pudiesen existir
tan nobles moros!.. Por cierto
que en mi vida lo crei.)

ESCENA VIII.

Abindarraez, Jarifa.

Abin. Por qué tus pálidos ojos,
encantadora gacela,
la nube de los enojos
cual triste preságio vela?..
Por qué agitada suspiras
sin cesar?..
Jar. Y no es en vano.
Vas á esponerte á las iras
de un orgulloso cristiano.
Abin. Desecha locos temores.
El Alcaide don Rodrigo
será de nuestros amores
el mas guardador amigo.
A su lado prisionero
túbome solo un instante,
y cumplió cual caballero,
dejando libre al amante.
Hoy, que su bien deseado
pudo el amante adquirir,
viene tambien á su lado,
cual caballero, á cumplir.
No temas, que su nobleza
es igual á su valor,
y en gracia de tu belleza,
será, si cabe, mayor.
Como nobles aqui obramos,
y á cuál pudo serlo mas;
de noble á noble jugamos,
y yo no cedo jamás.
Estás triste, macilenta,
Jarifa del alma mia;
por qué de tu faz se auyenta
la dicha, que antes habia?..
Ya veras cuando serenas
las horas corran en calma,
cómo se alejan las penas
y vuelve la paz al alma;
y cuantas de ellas, dichosas,
podemos juntos vivir,
en las riberas frondosas
del manso Guadalquivir.

Alli al nacer al mañana
con sus brisas y sus flores,
tú serás bella sultana
del jardin de mis amores.
Dime si me quieres tanto
como yo te sé querer.

JAR. Pregúntaselo á mi llanto
que no cesa de correr!
Cómo, si no te adorára
con ardiente frenesí,
á mi padre abandonára
solo por seguirte aqui!
Tú eres la luz de mis ojos,
sin ver tu imágen querida,
el mundo me causa enojos
y me es pesada la vida.
Oyes cómo lanza el ave
de la aurora á los fulgores,
sonidos que nadie sabe
si dicen quejas ó amores?..
Pues es que á su amante espera
entre la enramada, ufana,
que siempre á verla, ligera,
viene al nacer la mañana.
Asi yo todos los dias
tu vuelta ansiosa esperaba...
Ay! pero tú no volvias,
aunque mi amor te llamaba!..
Entonces mil quejas dando
al viento... y mi fé perdiendo,
pasaba el dia llorando
y la noche padeciendo!..

ABIN. Tambien desque me ausenté
de tí, la calma perdi...
y yo, que jamás lloré,
tambien lloraba por tí!
En la sangrienta batalla
al recordarte sentia,
sobre la cota de malla
como el corazon latia;
y cuando el blanco alquicel
agitaba el manso viento,
al lanzarse mi corcel
en la lucha con aliento...
tu bella imágen creia
que entre sus pliegues flotaba,
y ansiosa á darme venia
el valor que me faltaba.

AR. Me quieres?..

ABIN. Puedes dudar?

AR. Dudar no; pero temer!

ABIN. Siempre te sabré adorar!

AR. Siempre te sabré querer!

ABIN. Conserve Alá esa pasion!..

AR. Y aumente tu amor por mi!

ABIN. Es tuyo mi corazon!

AR. Y el mio late por tí!

ESCENA IX.

Dichos, DON RODRIGO.

OD. Bien el moro se portó.

BIN. Tú fuiste noble conmigo;
permíteme, don Rodrigo,
que al serlo contigo yo,
traiga á mi lado la dama
que mi corazon adora. (*presentándole á Jarifa.*)

OD. (*reparando en ella.*) (Cielos! qué veo! la mora
que hirió mi pecho en Cartama!)

ABIN. Juntos el dia pasamos,
del padre cruel huimos;
á buscarte aqui venimos
y á tus órdenes estamos.

ROD. Felices si en este mundo
es vuestra dicha el amor!

JAR. Nos adoramos, señor,
con un cariño profundo.

ROD. (Si á prueba quereis poner
mi fortaleza, Dios mio,
en vuestro ausilio confio,
para poderme vencer.)
Decidme en esta ocasion
en qué puedo complaceros.

ABIN. Pues somos tus prisioneros
de nuestra suerte dispon.

ROD. Dejadla á mi encomendada,
tranquilos podeis estar.
Id ahora á descansar
de vuestra larga jornada.

ESCENA X.

DON RODRIGO.

Llegó, corazon, el dia
de demostrar tu valor,
y que no comprenda nadie
que eres débil, corazon!
A todos en este mundo
pretende probarnos Dios!
Ahogar al pecho le toca
esta indiscreta pasion,
y vean que cumplo siempre
cual corresponde á mi honor,
aunque el valor no conozcan
de mi inmensa abnegacion!..
Yo vi á esa muger un dia...
y en mi corazon brotó
de desconocida llama
el fuego devorador.
Hoy la suerte, en mi camino
de abrojos la colocó;
mas si ella está enamorada
yo respetaré su amor,
que en esta amorosa lucha,
prestarles mi proteccion
será cumplir como honrado...
y honrado he nacido yo!

ESCENA XI.

DON RODRIGO, DOÑA MARIA.

MAR. Perdonad, si importuna...

ROD. No, á fé mia,
jamás vuestra presencia fué importuna
para mi, que el que sufre sin consuelo
encuentra alivio al ver, doña Maria,
que un ángel á su lado manda el cielo.

MAR. Acaso el que padece,
no ha de trocar sus penas
en horas mas felices y serenas?..

ROD. Hay á veces, señora,
un pesar tan acerbo y tan profundo,
que no encuentra su alivio en este mundo
El dedo del destino
nos señala la senda de la vida
por do marchar debemos,
y en vano pretendemos
torcer el paso en su fatal camino.

Si de flores divinas
al empezar sembrada la encontramos,
gozar podremos, con tranquila calma,
paz en el corazon, dicha en el alma;
mas si al contrario, en áridas espinas
do quiera á nuestro paso tropezamos,
nos dejará la vida por despojos,
pena en el corazon, llanto en los ojos.

MAR. Todo á la ley de Dios está sujeto;
no es eterno el dolor ni la ventura.
Depositad en mi vuestro secreto,
y acaso encuentren vuestros males cura.
Amais?..

ROD. Sin esperanza!

MAR. Don Rodrigo...
qué eso digais!...

ROD. Lo juro...

MAR. El cielo es buen testigo
de que engañado estais...

ROD. No lo comprendo...

MAR. Mil pruebas la verdad están diciendo.
Abrid el corazon, sed vos conmigo
franco y sincero, y en mi honor fiado,
decidme ese secreto,
que aqui en mi pecho quedará guardado.

ROD. Pues bien, señora,
mi fé y mi religion su amor me vedan.
(*aparece Abindarraez en el foro, y se detiene.*)

MAR. Quién es pues esa dama,
que vuestro pecho adora?

ROD. Una agarena bella, encantadora,
la hija del alcaide de Cartama.

MAR. Ah!!
(*Se desmaya; don Rodrigo acude á su socorro, y la sostiene en sus brazos.*)

ABIN. Qué escucho!!

ROD. Señora,
qué os sucede?..
(*aparece Garci-Fernandez por la derecha, y al ver á su esposa, se queda sorprendido.*)

GAR. En sus brazos!

ROD. Socorredla.
(*al verle, Garci-Fernandez se coloca entre los dos; sostiene á doña Maria y rechaza á don Rodrigo.*)

GAR. Señor... soy su marido!
(Deshonrasteis las canas de un anciano!)
(*ap. á don Rodrigo.*)

ROD. Qué! (*sorprendido.*)

ABIN. (*que se ha colocado al lado de don Rodrigo.*)
Tarde, por mi mal he conocido
el alma corrompida de un cristiano!
(*don Rodrigo queda sorprendido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

JUANCHO.

Buena la hicimos, por Cristo;
parece que todo el mundo
ha perdido aqui el juicio,
y cada cual se propone
hacer dos mil desatinos,
y segun lo que yo veo,
no nos queda mas arbitrio,
que las armas del Dios Marte
trocar por las de Cupido.
Bueno está, que las espadas
de dos cortadores filos,
se arrinconen en la vaina,
y se manden al olvido!
Segun lo que yo comprendo,
los amorosos suspiros
han de causar mas destrozo
en los predilectos hijos
de Marte, que los aceros
del campamento enemigo.

ESCENA II.

DON RODRIGO, JUANCHO.

ROD. Juancho...

JUAN. Señor.

ROD. Partieron los corceles?

JUAN. Cuánto há! ya de vuelta en el camino
deben estar, si acaso los infieles
les dejaron llegar á su destino.

ROD. Si lo harán, que los moros en la guerra
se muestran levantados caballeros,
y al ver un enviado
del enemigo campo,
sano y salvo á Granada
le dejarán llegar, y hacer presente
á su rey la mision encomendada.

JUAN. Acaso de ese moro prisionero
dais noticias al rey? Haced que apronte
un crecido rescate, que el dinero
no está nunca de sobra.

ROD. Juancho amigo,
en los casos de honor, que el cielo envia,
no aconsejes jamás; sé lo que digo
al rey moro, y cualquiera
que de mi carta el resultado fuera;
tranquila mi conciencia quedaria.

JUAN. Mas sabed que ese moro desalmado
arroja contra vos mil maldiciones,
y de vengarse buscará ocasiones.

ROD. Razon le sobra; de mi amor la llama
permitieron los cielos,
que el moro descubriera,
y le ofusca el tormento de los celos.

JUAN. Seguro puede estar en vos fiando.

ROD. Como la fé de Cristo está en mi pecho.
Depósito sagrado aquí es su dama,
y si cualquiera osado y temerario,
del proceder cristiano para mengua,
su honor ó el mio con torpeza infama,
al punto mismo perderá la lengua.
Tened en tanto al moro en el encierro
seguro; acaso su furor se calme
y venga á la razon.

JUAN. Alma de hierro
debe tener.

ROD. Dios sabe que me pesa
haberle impuesto esa prision; mas pronto
en agradable y plácida sorpresa
trocará su dolor. Avisa al punto
al buen Garci-Fernandez; que le espero
aqui le dices, que á encontrarme venga,
que hablarle á solas con instancia quiero.

ESCENA III.

DON RODRIGO.

Misera vida la que el hombre arrastra
en medio de ese raudo torbellino,

donde ciego y sin guia
le ha lanzado la mano del destino!
Vida infeliz! bajel que cruza á solas
de este revuelto mar, sin rumbo cierto,
las encrespadas olas.
¿Donde el piloto está, que lleve al puerto
la vacilante nave,
sin que en escollos mil su vida acabe?
Humo las dichas son, humo la gloria;
¿de qué sirve tener en la memoria
de mil triunfos recuerdos placenteros?
Si hoy nos presta fortuna sus favores
mañana en cambio nos dará desdenes...
Para qué, al fin, nos sirven esas flores,
si queman al tocar en nuestras sienes!..
Por qué no quiere el cielo al que ha nacido,
para llevar la cota del guerrero,
darle tambien un corazon de acero?
Esa ilusion ardiente y amorosa
que el alma mia con su fuego llena,
me sigue sin cesar... Cuando la aurora
asoma el rayo de su luz serena
y el pardo manto de las nubes dora,
entre el color del alba sonrosado
su imágen apercibo... En la batalla...
en el retiro... por do quier, Dios mio,
su recuerdo me sigue... En vano lucho...
y separarla de mi mente ansío...
porque su sombra vaga y anhelante
mis ojos han de ver siempre delante!
En fin, nací para luchar; mi sino
á pelear me obliga; pues luchemos.
Los que á vencer do quiera acostumbramos,
fuerza es tambien, que al corazon venzamos!
(*vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

GARCI-FERNANDEZ, *por el foro.*

Difícilmente contengo
el deseo de venganza,
que está bullendo en mi pecho.
Yo lo he visto, si, no hay duda,
y ya en todo el campamento
de mi deshonra se habla.
Oh! pues que asi quiere el cielo.
que acaben mis dias... brio
no me falta, ni mi acero
han embotado los golpes
del atrevido agareno.
Aun tengo fuerza en el brazo,
aun una espada sustento,
y en el reñido combate
mostrar mi venganza puedo.
Guarda, don Rodrigo, guarda,
que si en mi frente está el hielo
de los años, aun me queda
de la juventud el fuego
en el alma, y hoy le agita
el huracan de los celos.

ESCENA V.

GARCI-FERNANDEZ, ABINDARRAEZ, *por la izquierda.*

ABIN. Cristiano, en vano deliras,
tu suerte tamhien comprendo.
GAR. Qué dices!
ABIN. Desde esa estancia
tus quejas estaba oyendo;
recuerda que ayer tambien
presencié tu desconsuelo.
GAR. Oh!
ABIN. No llores; desgraciado,
mas que tu, lo estoy yo siendo,
y en vez de llorar cual tú,
en vengarme solo pienso.
GAR. Qué tienes tú que vengar?..
ABIN. Ah! lo ignoras!
GAR. Si por cierto.
ABIN. Ese mónstruo, á quien llamais
el cumplido caballero,
arrebatarme pretende
un tesoro que poseo.
GAR. Qué escucho!
ABIN. De mi Jarifa
prendado está; en su deseo
alejarme de su lado
fue su primer pensamiento,
y por eso aqui me tiene
separado de ella y preso.
GAR. Don Rodrigo!
ABIN. Don Rodrigo.
No solo tu daño es cierto;
ya ves que no se contenta
en sus cristianos proyectos,
con las cristianas que tiene;
tambien llega al campamento
de las huestes agarenas,
su innagotable deseo.
GAR. Infame!
ABIN. Escucha, cristiano,
vengarnos ambos podemos.
GAR. Oh! si, con armas iguales,
en duro y reñido duelo.
ABIN. No merece don Rodrigo,
que como iguales luchemos;
á traicion nos acomete,
con traicion le pagaremos.
GAR. Cómo!
ABIN. Esta puerta conduce
á una estancia; este es mi encierro;
libre puedo estar aqui,
mas de pasar no soy dueño
de esa otra; dos soldados
la guardan; tú con misterio,
puesto que eres respetado
como gefe de estos tercios,
separas los centinelas,
libre salgo al campo, vuelvo
con un puñal acerado,
acecho el feliz momento...
y...
GAR. Detente, en vano buscas
que preste un cristiano viejo
ayuda á tu plan; la sangre
solo en la lucha la vierto,
mas no á traicion.
ABIN. Sin embargo;
á traicion burló tu celo,
y al ofrecerte la mano
cual cumplido caballero,
como un malvado vendia
tu confianza, no es cierto?
GAR. Demasiado!
ABIN. Pues decídete.
GAR. No, jamás, que cuerpo á cuerpo
pueda herirle; eso tan solo,
para mi venganza quiero.

ABIN. Bien, y en tanto que tu guardas
para retarle el momento,
él con tu esposa querida
gozará tranquilo y lejos
de tu mirada, y tu calma
ayudará sus proyectos.
Tal vez ahora en sus brazos
reposa amante y contento...
GAR. Calla, moro!.. No comprendes
que el furor me abrasa el pecho?
ABIN. Mal se conoce, pues dejas
tréguas á su amor...
GAR. Silencio!
Cuál es tu plan?
ABIN. Darle muerte.
Ayúdame tú.
GAR. Acabemos.
Qué he de hacer?
ABIN. A los soldados,
que abandonen ese puesto.
GAR. Y lo demás?
ABIN. Lo demás
yo solo me encargo de ello.
GAR. De noche viene á este sitio.
ABIN. Aguardaré á que el reflejo
de la tarde desparezca,
para acabar mi proyecto.
GAR. Quedará franca la entrada.
ABIN. Convenido; á mi aposento
me retiro.
GAR. Dios te guarde.
ABIN. Alá proteja mi intento. (*vase izquierda.*)

ESCENA VI.

GARCI-FERNANDEZ.

Lejos de mi los temores,
él me ha faltado indiscreto,
y el hombre á quien en su honor
se hirió, por cualquiera medio
debe llevar su venganza
hasta quedar satisfecho;
que en casos como el presente,
el honor es lo primero.

ESCENA VII.

GARCI-FERNANDEZ, DOÑA MARIA.

MAR. Ah!
GAR. (Mi esposa! Dios mio, dadme fuerzas.
para luchar con el dolor!..) Señora,
comprendia el valor de los soldados
al lanzarse á la lid aterradora,
mas confieso, aunque absorto lo estoy viendo,
que aun hay otro valor, que no comprendo!
Bajais los ojos!. El valor que tiene
la esposa desgraciada,
que del esposo amante y engañado
resiste la mirada.
MAR. Perdon!
GAR. Alzad, señora,
Qué os hice yo, decidme? Cuántas quejas
teneis del hombre, que constante y bueno
depositó su amor en vuestro seno?
Qué hicisteis del honor, que en vos fiado,
os entregué, señora?
MAR. Está conmigo.
GAR. Qué decis! Negareis á la evidencia
lo que mis ojos vieron? Yo testigo
señora, soy del proceder ingrato...
MAR. Os juro que os engaña la apariencia.
GAR. Pudiera ser... mas cuando el alma mia
teme perder el bien, que tanto adora,
nunca tan solo en apariencia fia,
que pruebas busca de su mal, señora!
MAR. Imposible! Señor, de don Rodrigo
jamas, cual vos pensais, dulces palabras
de amores escuché. Dios es testigo.
GAR. En vano lo ocultais; os compromete
la prueba que yo guardo.
MAR. Dónde y cómo?
GAR. Conoceis esta letra?
MAR. Ah! mi billete!
GAR. Os sorprende en mis manos encontrarle!
Dios lo ha querido; mi deshonra escrita
en él fiabais á la faz del mundo...
Tan poco vale el nombre que os he dado,
que al aire en un papel lo hais arrojado!
MAR. Perdonadme, señor, soy muy culpable;
mas ese nombre que me disteis, juro,
como el honor en mi depositado,
que supe conservarlo intacto y puro.
GAR. Escuchadme, Maria, y perdonadme
si dedico una rápida ojeada,
recuerdo breve, á nuestra edad pasada.
Yo era un soldado á quien la cruda guerra
insensible tornó, rudo y ageno
á las lides de amor; nunca en la tierra
mi corazon sentia otras pasiones,
que luchar... y vencer al agareno.
Mas por desgracia, ó por fortuna mia,
aparecisteis vos, doña Maria.
Desde el instante en que mis ojos vieron
vuestro semblante, al corazon dormido
las auras puras del amor vinieron,
latió en el pecho, y su primer latido
fué de amor, de ilusion y de ventura,
pasion primera... y cual primera pura.
Entonces me mentisteis un cariño,
que hacer dichosa mi vejez podia,
porque el noble soldado poseia
de anciano el rostro... el corazon de niño.
Pasáronse las horas placenteras
de una tranquila paz al dulce arrullo;
que si mis canas ella respetaba,
tambien yo como un padre la adoraba!
Mas dónde fué el amor y el juramento
prestado en el altar?.. Suerte liviana!
Quién me dijera ayer: «La que hoy te adora...
perjura infiel te venderá mañana!»
Y sabeis lo que es ver en un momento
tantos años de glorias,
tanto amor, tanta dicha, anhelo tanto,
convertirse en infamia y en quebranto!
MAR. Escuchadme...
GAR. Silencio, á mi me toca
hablar tan solo y escuchar no quiero
ni una palabra mas de vuestra boca.
Echada está la suerte;
un crimen manchará mi último lustro;
él ó yo, hemos de hallar cercana muerte.
MAR. Oh! por piedad!
GAR. Señora, en vuestro seno
llevareis de las culpas el castigo...
MAR. Vos no podeis morir... ni don Rodrigo;
yo sola soy culpable... el caballero
que su nobleza y su amistad os fia,
no llegó á mi jamás.

GAR. Basta.
MAR. Escuchadme.
GAR. Nada quiero saber, doña Maria.
Aunque los años á mi anciana frente
trajeron de la edad los tristes lazos,
aun arde el fuego en mi agitada mente,
aun tienen fuerza mis robustos brazos.
Aun manejar me es dado el fuerte acero,
para enseñar al que me ultraja y miente,
lo que vale el honor de un caballero.
MAR. Ah! por piedad!
GAR. Silencio; alguien se acerca.
MAR. Escuchad.
GAR. Retiraos al instante.
MAR. Un crimen cometeis con él luchando!
GAR. Retiraos, señora... Yo os lo mando.
(*señalándola la puerta de la derecha por donde ella sale; mirando por el foro.*)
Es él... vacilo al verme en su presencia...
dadme; cielos, valor, calma... y prudencia!

ESCENA VIII.

GARCI-FERNANDEZ, DON RODRIGO.

ROD. Gracias que al fin os hallo, noble amigo;
hablaros con urgencia pretendia,
y á llamaros mandé.
GAR. Tambien, Rodrigo,
á veros, para hablaros, yo venia.
ROD. Necesito el auxilio y el consejo
de vuestra edad.
GAR. Cuestion de nuestra guerra?
ROD. Ay! no por cierto; en lucha con los moros
jamás vencer al enemigo dejo,
mas hay lides fatales... en que heridos
en el alma una vez... somos vencidos...
GAR. Luchas del corazon...
ROD. Lo has acertado.
GAR. No es estraño; algo sé de esos amores.
ROD. Qué decis!
GAR. Sé, que estais enamorado
de esa agarena bella; mas no ignoro,
que al mismo tiempo... con torpeza suma,
quereis robar tambien otro tesoro.
ROD. Qué escucho! No comprendo...
GAR. Don Rodrigo,
basta ya de fingir, que harto me abruma
el dolor, que en mi pecho hizo la herida.
Entre los dos, señor, sobra una vida,
juguémosla á la suerte.
ROD. Caballero,
perdisteis el juicio?
GAR. No, que entero
le conservo, y tan fuerte cual mi brazo,
que aun puede manejar el duro acero.
ROD. Mas la causa... advertid...
GAR. Infame trama!
Pensabais vos hacer, digno guerrero,
de la esposa de un noble vuestra dama?..
ROD. Qué escucho, de quién hablas?
GAR. De mi esposa.
ROD. De vuestra esposa! Quién es el menguado,
que á ultrajarla se atreve y á acusarme?
Vive Dios, que haré ver al que ha forjado
tal infamia...
GAR. Yo mismo.
ROD. Vos!
GAR. Y pronto
si cobarde no sois...
ROD. Garci-Fernandez,
si otro que vos tal cosa me digera,
muerto á mis pies al punto le tubiera!
GAR. Sacad pues ese acero, al campo vamos,
y alli de frente á frente lucharemos.
Yo os tube por amigo; indignamente
vendisteis mi amistad, y habeis lanzado
del deshonor las manchas en mi frente.
Y sabeis lo que quiere el ultrajado
esposo, que su fé mira perdida?..
La sangre ansía del infame osado
que así amargó las horas de su vida!
Hasta beber la vuestra, iré sediento
vuestros pasos contando, y si tampoco
asi cedeis á mi dolor insano,
os llamaré cobarde y fementido,
y en vuestro rostro estamparé mi mano!
ROD. Oh! (*llevando la mano á la espada.*)
(*conteniéndose.*) Mas Dios mio, la razon se pierde
en este mar de confusion... Yo ignoro
cuanto diciendo estais... Jamás mi mente
á vuestra esposa dirijió el deseo,
y que os mintieron enemigos veo!
Lo juro por mi honor.
GAR. Tambien perjuro
despues de infame sois!
ROD. Garci-Fernandez,
borrad esas palabras, vive el cielo,
que pronunciado habeis!..
GAR. Nunca; en el campo
las borrará la espada; con traidores
no transijo jamás.
ROD. Oh! pues lo quieres,
no dirá el mundo que llegó mi mano
á atropellar las canas de un anciano.
Paciencia tube para oir... mas basta,
que el escuchar insultos de tu lengua
fuera ya para mí, pesada mengua.
GAR. Asi veros queria, al campo vamos,
y alli el enojo con la vida acabe.
ROD. Seguirte debo, mas advierte y piensa
que solo el cielo mi inocencia sabe..
(*salen por el foro.*)

ESCENA IX.

ABINDARRAEZ, *que sale por la izquierda.*

Tal vez ya tenga el cristiano
preparada la ocasion.
Acaso esta misma noche
podré del tigre feroz
libertar á la paloma,
para volverla á mi amor.
Mal haya el fatal momento
en que cediendo á la voz
de la nobleza, aqui vine
á implorar su proteccion;
que el fementido cristiano,
mal caballero y traidor,
de mi estancia entre sus huestes
la ocasion aprovechó,
para robarme el tesoro
de mi constante pasion.
Pronto la tranquila noche
tenderá el negro crespon...
Oigamos... alguien se acerca. (*yendo hácia el foro.*)

ESCENA X.

ABINDARRAEZ, JARIFA.

ABIN. Jarifa mia!
JAR. Mi amor!
ABIN. Cómo á este sitio has llegado
teniéndote prisionera?
JAR. Jamás prisionera he estado.
ABIN. Qué dices! Acaso fuera
mas compasivo contigo
ese malvado cristiano,
ese feroz don Rodrigo,
que nos separó inhumano?..
Cómo aqui llegar pudiste?
Quién mi prision te contó,
ó por qué medio supiste
que aqui me encontraba yo?..
JAR. Bien mi amor te lo decia,
tal nobleza al reprenderte;
que mi pecho presumia
hallar aqui mala suerte.
Prisionero te encerraron
cuando noblemente obrabas,
y de mi te separaron
sin decirme donde estabas;
pero mi afan encontró
una muger, que al mirar
mi dolor, me prometió
venirme aqui á acompañar.
Asi á tan noble señora
debemos el encontrarnos.
ABIN. Que pruebe si puede ahora,
Don Rodrigo, á separarnos.
JAR. Mas por qué nos separó?
Qué grave mal le hemos hecho?
ABIN. Porque una pasion brotó
por tu hermosura en su pecho.
JAR. Qué escucho!
ABIN. Nada has notado?
JAR. Nada, y aunque he pretendido
preguntar... ni me ha escuchado,
ni su voz me ha dirigido.
ABIN. Oh! Jarifa encantadora!
Es verdad, que aunque el cristiano
te confiese que te adora,
luchará contigo en vano?..
JAR. Lo dudas? Sabes que aqui
guardo un corazon amante,
que late solo por tí,
con una pasion constante.
ABIN. Por qué el destino fatal
quiso nublar mi alegria,
trocando el bien con el mal,
y en sombra la luz del dia?
Por qué con crudo rigor
combate así nuestro sino?
JAR. Ya vendrá un tiempo mejor
en que se cambie el destino.
Y si se opone inclemente
á nuestra dicha anhelada,
te queda el amor ardiente
de tu Jarifa adorada.
ABIN. Es verdad! Si tú supieras
allá en mi tranquila calma,
qué ilusiones hechiceras
formó con tu amor el alma.
JAR. Ilusiones que algun dia
se vendrán á realizar.
ABIN. Quiera Alá, Jarifa mia,
que pueda el dia llegar.
Yo en mis ensueños de amor
veia tu imágen pura
y tu rostro encantador,
sonriendo de ventura;
y entre mis brazos dichosa
inclinarte al seno mio,
como se inclina una rosa
sobre la márgen de un rio;
y entre pláticas de amores
ansiaba aspirar tu aliento,
como desean las flores
el dulce beso del viento.
Es verdad que sueños son,
que combate con empeño
la suerte.
JAR. Mas hay pasion,
y tambien es dicha el sueño.
ABIN. Quien bien ama y es amado
no sabe lo que es dolor,
hasta que vé separado
el objeto de su amor.
Hoy me ha enseñado el destino
lo que soy capaz de amar,
pues quiso tal vez el sino
mi fortaleza probar.
Amor como el que en el alma
tus ojos han encendido,
roba del pecho la calma,
deja el corazon herido.
Es un fuego abrasador
que da vida á cuanto alcanza,
que presta al alma valor,
y al corazon esperanza;
que acompaña en la alegria
y en la desgracia consuela,
y que al fin, Jarifa mia,
otro mundo nos revela
do entre delicias constantes,
sin albergar la amargura,
podrán vivir dos amantes
en una eterna ventura.
JAR. Bálsamo de tal valor
que nuestras fuerzas restaura,
tan grato y consolador,
como el suspiro del aura.
Siempre en mi pecho tendrá
amante y dulce cabida.
ABIN. Y eternamente será
el imán de nuestra vida.
JAR. Acaso una triste suerte
el porvenir nos revela.
ABIN. Nunca se teme la muerte
cuando la dicha se anhela.
Tu amor me infunde esperanza
y alienta mi corazon.
Quién á combatir alcanza
nuestra amorosa pasion?
Quién acaso podrá osado
separar tu amor de mi?
JAR. Nadie; para ti formado...
siempre será para ti!

ESCENA XI.

Dichos, DOÑA ALDONZA.

ALD. Ay, justo cielo! Señora,
somos perdidos.

ABIN. Qué pasa?
ALD. Que se acerca don Rodrigo.
ABIN. Qué venga; tal vez su espada
querrá contra mi blandir;
mas verle no me acobarda,
y aunque luchar me precise
contra su furia, sin armas,
antes me habrá de matar
que arrebatarme á mi amada.
ALD. Pero seria mejor
que el andar á cuchilladas,
que os ocultaseis entrambos
en esa pieza inmediata.
JAR. Es verdad.
ABIN. Jamás.
ALD. Al menos
por esta pobre cristiana,
que os proporcionó el hallar
a vuestra prenda adorada.
JAR. Si, ocultémonos.
ABIN. Y en tanto
de aqui con cuatro palabras
le haré marchar.
JAR. Ocultémonos.
ABIN. Pues lo quieres, vamos. (*entran izquierda.*)
ALD. Gracias
que al fin se ocultaron! Ay!
quién me ha metido en tal danza?

ESCENA XII.

DON RODRIGO, DOÑA ALDONZA.

ROD. Dónde está vuestra señora?
ALD. Lo ignoro; mas según creo
estará en su habitacion.
Si quereis ir, no está lejos.
ROD. No, decidla, si la veis,
que hablarla en breve deseo,
que si complacerme quiere,
en esta estancia la espero.
Id al punto.
ALD. (Si á los otros
sorprende aqui; justo cielo!
Dios sabe en qué pararán
tan desgraciados enredos!) (*vase foro.*)

ESCENA XIII.

DON RODRIGO.

En vano aclarar procuro
si estoy soñando ó despierto.
Quién pudo á Garci-Fernandez
acusarme? Sabe el cielo,
que jamás hasta su esposa
me llevó un ruin deseo...
y que otra cosa seria
indigna de un caballero.
Mal me conoce el esposo.
Pero ahora que recuerdo...
aquel desmayo imprevisto...
aquel lenguaje indiscreto
que usaba doña Maria...
Si una pasion en su pecho
la hará acaso desgraciada,
cual yo mismo lo estoy siendo?..
Es necesario que al punto
se descubra este secreto,
que ya el alma dolorida
sufre bastantes tormentos,
y es preciso á todo trance,
que una desgracia evitemos.

ESCENA XIV.

DON RODRIGO, DOÑO MARIA, *por la derecha.*

MAR. Ah!
ROD. Señora, pasad, hablar á solas
con vos deseo; vuestro honor y el mio
en ello se interesan.
MAR. Evitadme
la verguenza, señor; harto en el alma
se alberga ya el dolor; el hado impio
del pecho se llevó la dulce calma
y á padecer me obliga; dispensadme
que en mi silencio mi desgracia oculte.
ROD. Oh! no, jamás; los que padecen mucho
unirse deben para hallar consuelo,
y juntos implorar la paz del cielo.
Vuestro pecho, señora,
destroza acaso del pesar la huella,
yo quiero daros sin embargo, ahora
un consejo que hará dichosa y bella
vuestra existencia mísera, aceptadlo,
como la voz de un alma dolorida,
por el pesar y la desgracia herida.
MAR. Os escucho.
ROD. En la calma,
en la paz conyugal, amor que el cielo
envió como un bálsamo del alma,
se encuentra solo el celestial consuelo.
MAR. Oh!
ROD. Perdonad si yo, Doña Maria,
me atrevo á hablar asi; nunca en el mundo
se encuentra alivio al padecer profundo,
mas que teniendo el corazon tranquilo.
Poned la mano sobre el vuestro; el dia
que le sintais latir acelerado,
presa acaso de atroz remordimiento,
lejos de vos se alberga la alegria;
mas si la calma, el noble sentimiento
de hacer el bien, le agita solamente,
y late con dulzura,
es que en la paz el corazon reposa,
que tranquila vivis, que sois dichosa.
MAR. Quién puede al corazon ponerle freno?
ROD. Es verdad; mas si el mundo ha colocado,
amante y noble, y respetable y bueno,
un hombre á vuestro lado,
que vuestra dicha y vuestro amor ansia,
que en vuestros ojos busca su ventura...
decid, no es justo pues, doña Maria,
pagar constante su leal ternura?
Un alma, que en la nuestra se confunde,
un pensamiento noble y generoso
que al nuestro se une, que padece y llora
si padecer nos mira, que dichoso
con nuestra dicha fuera,
¿no es digno acaso de encontrar, señora,
la fé que busca, y el amor que espera?..
MAR. Es verdad; mas la falta cometida
ya no podré borrar en adelante.
ROD. Si, todavia la pureza asoma
en vuestra noble y elevada frente.
Aun sois digna del esposo amante,
que vive para vos, y por vos siente.
Asi tal vez la cándida paloma,
en un instante de demencia suma,
el nido deja donde halló la vida,

y al espacio se lanza inadvertida;
mas luego al punto su pesar la abruma,
y al ver el bien que abandonó, perdido,
las alas vuelve al amoroso nido.
Aun dichosa sereis; feliz si logro
tornar á vuestro seno la alegria,
y que jamás de la desgracia el velo
os la vaya á ocultar, doña Maria.
MAR. Oh! si, perdon; si en mi locura insana
la existencia amargué del noble anciano,
á Dios le juro que dejarle espero
de mi pureza y de mi amor ufano.
ROD. (Juzgar Garci-Fernandez ahora puedes
si don Rodrigo es noble y caballero.)

ESCENA XV.

Dichos, GARCI-FERNANDEZ.

GAR. Qué miro! Todavia
sobre mi anciana y ultrajada frente
arrojais el baldon con torpe mengua?..
ROD. Tened, Garci-Fernandez; vuestra lengua
acusa injusta y despiadadamente
á la esposa infeliz, desventurada,
que nunca os ultrajó.
GAR. Basta. Hace poco
vuestro tranquilo y valeroso brazo
el mio desarmó; miré mi espada
por el suelo rodar, y cual limosna
la vida me cedisteis, no la quiero;
el duelo repetid...
ROD. Garci-Fernandez,
sobre la cruz sagrada de mi acero
os juro su inocencia,
y como digno y noble caballero,
que de una dama el pundonor respeta,
que me escucheis, por vuestro bien espero.
(Acepta justo en tu bondad, Dios mio,
el sacrificio de mi honor!)
GAR. Escucho.
ROD. Débil el corazon, al estravio
de una pasion lanzóse, pero un dique
de sin igual pujanza,
en la virtud de una muger hallando,
tubo en ella la tumba su esperanza.
El hombre la rogó, pero el desprecio
ella en pago le dió; y él confundido
de haber turbado el conyugal reposo,
viene á pedir, confuso... arrepentido...
perdon a la muger... gracia al esposo!
MAR. Oh!
GAR. Qué escucho!
ROD. Señora, perdonadme;
solo el esposo vuestro amor merece.
GAR. (Será acaso inocente!)
ROD. En vuestro seno
encuentre el premio que su fé ha ganado.
GAR. Oh! Maria!
MAR. (Dios mio!)
ROD. (La he salvado!)

ESCENA XVI.

Dichos, JUANCHO, *con una carta.*

JUAN. Don Rodrigo, el enviado
que vuestra carta llevó,
al campamento ha llegado,
y esta respuesta volvió.
ROD. Venga. (*despues de leerla.*)
(Corazon, valor!
Dias hay de sacrificios!
Que los acoja el Señor
en sus eternos juicios!)
Llamad al moro. (*á Juancho.*)
JUAN. Presumo;
que gran rescate no ofrece,
el de un soldado á lo sumo,
pues mas el mozo merece. (*entra izquierda.*)
GAR. (*á Maria.*) Perdóname, si aturdido
laceré tu corazon.
MAR. (Tan grande mi falta ha sido,
como fué su abnegacion!)
(*aparte mirando á don Rodrigo.*)

ESCENA XVII.

DON RODRIGO, MARIA, GARCI-FERNANDEZ, JUANCHO *y* ABINDARRAEZ, *por la izquierda.*

ABIN. Me llamas, noble cristiano,
para darme aqui la muerte?
Solo sentiré la suerte
de debérsela á tu mano.
JUAN. Tal vez si tu padre, moro,
te quisiera rescatar...
ABIN. Ah! lo que quieres es oro;
bien, mucho te puedo dar.
ROD. Silencio.
ABIN. Mi mala estrella
á los mios les dirás...
ROD. Toma esa carta, que en ella
tu rescate encontrarás. (*dándosela.*)
ABIN. De mi padre está firmada...
Estoy soñando!.. qué veo! (*despues de leer.*)
ó mi vista está turbada?
Es mentira lo que leo?
ROD. Es la verdad.
ABIN. Oh! ventura!
Jarifa! (*corriendo hácia la puerta.*)
ROD. (En ese aposento
la tiene!)
ABIN. De la amargura
acabó ya el sufrimiento.

ESCENA XVIII.

Dichos, JARIFA.

JAR. Ah!
ABIN. De la dicha, bien mio,
empieza el astro á brillar.
JAR. Qué dices?
ROD. (El hado impio
me ha condenado á penar!)
ABIN. Oh! perdóname; en tu mano
deja que estampe mi boca. (*á don Rodrigo.*)
ROD. Asi se venga el cristiano
de vuestra arrogancia loca!
JAR. Mas qué pasa?
ROD. Os engañabais.
A vuestro padre, Rodrigo
le dijo, que os adorabais,
que teniendoos consigo,
como justa condicion
de rescate, le pedia
que accediera á vuestra union.
JAR. Oh! gracias!
ABIN. Jarifa mia!
ROD. Y el rey moro ha contestado,
que os hará dignos esposos.

Está el rescate pagado,
sois libres, sed muy dichosos.
JAR. Oh dicha!
ABIN. Noble cristiano,
perdona mi ligereza,
mi acero es tuyo, mi mano,
y mi vida, y mi riqueza.
ROD. Mi deseo está logrado
al mirarte ya dichoso.
GAR. (Es noble y leal soldado!)
MAR. (Oh! corazon generoso!)
ROD. (Qué mas he podido hacer?
Sufre y calla tu pasion,
que hacer bien y padecer
es tu sino, corazon!)
Si los moros algun dia
me acusáran de tirano,
cuéntales, por vida mia,
lo que es el noble cristiano.
A prueba dá su pujanza
en el campo, don Rodrigo,
que escrito lleva en su lanza:
«guerra á muerte al enemigo.»
Mas la condicion primera
que sus timbres engalana,
es, que en la comarca entera,
nadie á generoso gana
al Alcaide de Antequera!

FIN.

Gobierno de la provincia de Madrid.—Puede representarse.—El censor: *Pablo Yañez.*

MADRID, 1857.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, 13, bajo.